



LA MUERTE VOLUNTARIA COMO POSICIÓN FRENTE A LA VIDA

Yeraldín Quintero Naranjo

Jesús Goenaga Peña¹

Estudiantes del Programa de Psicología
Funlam

“Las explicaciones causales, la búsqueda de los porqué del suicidio, pretenden dar sentido a una situación que se caracteriza precisamente por su no significatividad”.
Estruch-Gardus, “Los Suicidios”.

Los argumentos que generalmente atribuimos al hecho de que alguien le ponga fin a su propia vida, están relacionados con un vacío existencial, con una respuesta desesperada a una angustia, o con un escaso o nulo apoyo de un entorno significativo que le de fortaleza al sujeto y que pueda impedir el suicidio. La muerte auto infringida, se considera un acto triste y desventurado, que genera malestar a la sociedad, se concibe como algo perturbador, lejano, oscuro, vacío, desafiante y culminante en la vida, que debe evitarse a toda costa. Sin embargo, para ciertas personas, la muerte voluntaria se constituye en una idea a alcanzar, una meta, una opción de vida. Poco se ha discutido sobre un acto consumado suicida que no implique un fracaso de la vida. Un suicida, para el que la muerte sea una posibilidad de liberación, el momento más tranquilo y reflexivo que puede tener, en el que elige y toma la decisión de acabar con su vida.

¹ Edison Francisco Viveros, Laura Victoria Londoño y Luz Ángela Ramírez son los asesores de los semilleros: Estudios en familia y Psicología, Contexto y Familia 2012. Ensayo resultado del proceso de aprendizaje investigativo.

El suicidio ha aparecido recurrentemente como tema de investigación psicológica, sociológica, cultural, política, pedagógica, entre otras, generalmente enfocado hacia la prevención. Si bien el suicida que ha saltado a la fama, es aquel que de una forma u otra consuma su acto como resultado a una angustia previa, debemos abrir una brecha a la observación del otro suicida, ese en el que su acto consumado aparece como resultado de una construcción, como un ideal de vida; una paradoja inquietante: hallar el sentido de la vida en la no vida.

Considerando este suicida cabe pensar que el análisis de su acto consumado tenga una connotación diferente. El último acto de aquel que se enamoró de la muerte, sugiere un misterio que, plasmado en esa existencia que termina, deja mensajes que le permitan ser develado, o al menos considerado como es debido.

En una investigación de la Universidad Pontificia Bolivariana sobre Familia y prevalencia de depresión e ideación suicida en niños y adolescentes, citando a Dulanto Gutiérrez (2000), anota referente al suicidio: “Etimológicamente la palabra suicidio significa “muerte de sí mismo”. Es un acto con consciencia de la noción de muerte y de las consecuencias tanatógenas de ese acto. El método puede meditarse largo tiempo o surgir de improviso ante un hecho desencadenante o un impulso... La palabra suicidio se refiere al acto consciente y deliberado que termina con la propia vida... Se define suicidio como una conducta que corresponde al acto de matarse de manera intencional. Esta definición implica diferenciarlo de un accidente el cual se considera un hecho inesperado, imprevisto y no intencional” (Estrada, Torres, Agudelo, Montoya, Álvarez, Posada, García, 2010).

Estos apuntes de tipo introductorio, nos colocan en el panorama básico del suicidio, la raíz desde la cual se pretende estudiar una pequeña parte de la planta, esa que arroja a un suicida desconocido. Pero no podemos continuar sin puntualizar como el suicidio se ha constituido desde Durkheim hasta nuestros días, en un fenómeno que trasciende de lo individual a lo social. “El suicidio es uno de los problemas psicosociales que se presentan en todos los grupos... incrementando el número de muertes trágicas y con grandes trastornos emocionales; para las familias es considerado un problema difícil de

analizar, en donde la angustia, el sufrimiento y la confusión llevan al individuo a elegir la muerte, afectando la salud mental de la comunidad a través de la huella que deja en los supervivientes” (Estrada, Torres, Agudelo, Montoya, Álvarez, Posada, García, 2010).

El fenómeno del suicidio nos enfrenta de cara al dilema del valor o la cobardía. “Para algunas culturas representa un acto de valor, de libertad, de independencia y hasta no es condenado religiosamente... [y] la contraparte, en donde se evalúa como una acción cobarde del individuo que no tiene la fuerza para enfrentar la vida o sobrellevar los problemas que a diario hay que enfrentar. Definir cuál posición es verdadera; sería adentrarse en una discusión filosófica de nunca acabar” (Jaramillo, 1994). Por tanto, más allá de las consideraciones del valor o cobardía que implique la muerte voluntaria, o la presencia o ausencia de una condena religiosa a este acto, es interesante rescatar esa doble faz para interpretar el suicidio. No se pretende indicar que el suicidio se encuentre del lado que Heidegger denomina como el de la luz de la verdad, ni que sea un acto que no deba atravesarse por la consideración de la salud mental; lo que se pretende es abordar el fenómeno, poniendo entre paréntesis los prejuicios, en busca de una significación que hasta el momento no se ha dado al suicidio.

El filósofo Emile Ciorán, en “La tentación de existir” (1990), considera que el contacto con la muerte rejuvenece, ilustrando algunos casos, en los cuales comenta que había “un apego casi amoroso”, un deseo de constituir a la muerte “en el principio que hace romántica la vida”. Se expresa aquí pues, la posibilidad de sacarle a la muerte auto infringida, una felicidad muy íntima. Cuenta Ciorán que Kleist escribió antes de matarse: “Una turbulencia que con alegría me llevo”, a lo cual apunta Ciorán: “Ni derrota, ni abdicación: su vida fue una rabia dichosa, una locura ejemplar y concertada, uno de los raros éxitos de la desesperación”.

Intentemos hacer un esbozo al fenómeno visto en esta perspectiva, el suicidio como acto individual por excelencia, producto de una alegría íntima. Inicialmente y resumido en las palabras de Jaramillo (1994), “el acto del suicidio tal como lo analiza Freud, es una forma de castigo que el individuo se impone a sí mismo”. Cabría pensar en estos términos, en la ganancia

placentera del castigo. Una melodía ecuatoriana citada por Hugo Ángel Jaramillo (1994), y titulada “Rebeldía” de Los Indianos, que fue vetada durante un tiempo por la Curia de este país, reza lo siguiente:

“Señor, no estoy conforme con mi suerte, / ni con la dura ley que has decretado,/ pues no hay una razón bastante fuerte,/ para que me hayas hecho un desgraciado./ Te he pedido justicia, / te he pedido que aplaques mi dolor, calmes mi pena,/ o no has querido oírme o no has podido revocar tu sentencia y mi condena./ No me queda sino un amor inmensamente triste, / y saldaré mis cuentas cuando pueda.../ devolverte la vida que me diste”.

Este primer postulado se alía, reconcilia y resume, la mayor parte de las teorías que giran en torno al suicidio, y que se hayan marcadas con el viso de lo moral, si bien da un espacio a ese placer desmedido que se esconde tras el acto. Sin embargo sigue apareciendo la interpretación del suicidio como “la desazón de una existencia frustrada [que] hace expresar un canto de inconformidad con la vida” (Jaramillo, 1994).

Octavio Paz le da una mirada al asunto en estos términos: “La muerte no está fuera del hombre, no es un hecho extraño que le venga del exterior... La muerte es inseparable de nosotros. No está fuera: es nosotros. Vivir es morir. Y precisamente porque la muerte no es algo exterior, sino que está incluida en la vida, de modo que todo vivir es así mismo morir, no es algo negativo. La muerte no es una falta de la vida humana, al contrario, la completa... Vivir es dar la cara a la muerte... La muerte es el vacío, el espacio abierto, que permite el paso hacia adelante. El vivir consiste en haber sido arrojados al morir, mas ese morir solo se cumple por el vivir” (Paz, 1986). La muerte pues, aparece como parte de una vida con sentido, integral, un camino lógico hacia su encuentro. ¿La conciencia de esta realidad podría ser la que marcara decisiones felices en ese “darle cara a la muerte”? Posterior a esto, el mismo autor nos sostendrá que “apenas el hombre se contempla, advierte que está sumergido en una totalidad de cosas y objetos sin significación; y él mismo se ve como un objeto más, todos cayendo sobre sí mismos, todos a la deriva. La ausencia de significación procede de que el hombre, siendo el que da sentido a las cosas y al mundo, de pronto se da cuenta que no tiene otro sentido que morir” (Paz, 1986).

En el Mito de Sísifo, de Albert Camus (1967), se encuentra una celebración al suicidio. Para empezar Camus indica que el único problema

filosófico verdaderamente serio es el suicidio pues “juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se le viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”. Posteriormente indica que “Matarse, es en cierto sentido, y como en el melodrama, confesar. Es confesar que se ha sido sobrepasado por la vida o que no se comprende de ésta”. El otro suicida del que hemos hablado, podría pensarse como un sujeto feliz, que confiesa la incompletud de su existencia, que expresa su feliz y tranquilo vacío de la forma más elegante, sublime y amorosa que conoce. Este suicida es el que Nietzsche puso a hablar por boca de Zarathustra: “Yo os elogio mi muerte, la muerte libre, que viene a mí porque yo quiero” (Nietzsche, 1973).

La propuesta de investigación planteada, desea pensar en el acto consumado de ese suicida particular, aquel que llega al acto no como respuesta a una angustia, sino como posición frente a la vida, y generando un acercamiento al mensaje que su acto ha dejado. Se pretende decir junto a Camus “No me interesa el suicidio filosófico, sino el suicidio a secas. Quiero solamente purgarlo de su contenido de emociones y conocer su lógica y su honestidad” (1967). El hecho de matarse, hace sentir a la persona en un estado de grandeza y control, puesto que es él quien decide, y no otro ser, sea terrenal o intangible.

En muchas ocasiones durante esta investigación será necesaria la autopsia psicológica, que “...permite identificar cuatro propósitos: conocer y determinar el modo de muerte, conocer el comportamiento de la víctima antes de morir y su relación con las circunstancias en que ocurrió la muerte, explicar las condiciones psicológicas de las personas que han fallecido, no con respecto a la muerte sino a acciones y/o situaciones previas a la muerte...” (Estrada, Torres, Agudelo, Montoya, Álvarez, Posada, García, 2010). La autopsia psicológica permitirá generar el acercamiento a este fenómeno tan específico. “Aquí está desnudado el suicidio y la incompreensión que de él tenemos” (Jaramillo, 1994). Ciorán escribió que ninguna persona estaba predispuesta al suicidio, sino más bien predestinada al mismo, “se está abocado a él antes de toda decepción, antes de toda experiencia”; es decir, el suicida que pretende abordar este estudio, no tiene necesidad de sufrir experiencias que lo lleven a tomar la determinación de levantar la mano contra sí mismo, no, se diría poéticamente que él ha nacido para morir de ese modo, lo decidió en algún

momento de forma completamente independiente a las angustias de su vida, de modo que cuando llega al acto consumado, lo que ha logrado es simplemente materializar su decisión de toda su existencia. En nuestro suicida, tanto la felicidad como la amargura lo impulsa a su muerte, y él tiene el privilegio de decidir el momento y la forma de consumir su posición frente a la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Jaramillo, H. (1994). El suicidio en la inteligencia. Pereira: Ed. Papiro.
- Estrada, P., Torres, Y., Agudelo, M., Montoya, L., Álvarez, M., Posada, F., García, A. (2010). Familia y prevalencia de depresión e ideación suicida en niños y adolescentes. Medellín: Ed. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Paz, O. (1986). El arco y la lira. La revelación poética. México: Ed. Fondo de cultura económica.
- Ciorán, E. (1990). La tentación de existir. Buenos Aires: Ed. Aguilar, Altea. Taurus, Alafaguara S.A.
- Ciorán, E. (1992). Odisea del rencor. Medellín: Ed. Holderlin.
- Nietzsche, F. (1973). Así hablaba Zaratrustra. De la muerte libre. Madrid: Ed. Alianza.
- Camus, A. (1967). El Mito de Sísifo. Un razonamiento absurdo. España: Ed. Aguilar.